

»Cuando os llevaba en mi seno, cierto día oré con fervor á la Virgen María: se me apareció durante el sueño y me pareció que con una celestial sonrisa me presentaba un niño pequeño.

»Cogí el niño que me presentaba y cuando lo tuve en mis brazos, la Virgen María puso en mi cabeza una corona de rosas blancas.

»De ahí á pocos meses viniste al mundo y la dulce vision siguió constantemente presentándose á mi vista.»

Al decir estas palabras la mujer de cabellos blancos se estremeció y estrechó contra su corazón á la jóven.

Algunos días despues una alma santa vió dos formas luminosas que se remontaban al cielo, y un coro de ángeles que las acompañaban haciendo resonar el aire con cantos de triunfo.

Vivimos como en tiempo de Cromwell en un siglo de reforma: si entonces se notaba mas moralidad y conviccion en las almas, ahora se echa de ver mas mansedumbre y dulzura en los espíritus. El puritanismo dista mucho de esa paz y de esa armonía que la filosofía religiosa de Mr. Ballanche ha introducido en el cristianismo.

KILLING NO MURDER.—LOCKE.—HOBBS.—DENHAM.—HARINGTON.—HARVEY.—SIEYES.—MIRABEAU.—BENJAMIN CONSTANT.—CARREL.

El folleto mas célebre de aquella época fue el denominado *Killing no murder* (matar no es asesinar.) Su autor el coronel republicano Titus invita en una dedicatoria irónica á su alteza Oliverio Cromwell á morir por la dicha y la libertad del pueblo inglés. Desde la publicacion de este escrito no se volvió el protector á sonreír, y comprendió que estaba abandonado del espíritu revolucionario que lo habia tomado por guia, no se acomodaba á reconocerlo por dueño. La mision de Cromwell estaba terminada: su país y su siglo no necesitaban de él: el tiempo no se detiene para admirar la gloria: sirvese de ella y pasa adelante.

He leído (tal vez en Gui-Patin) un hecho curioso en que nadie ha fijado la atencion; el doctor afirma que *Killing no murder*, fue escrito primeramente en francés por un noble de Borgoña.

Locke considerado como poeta, hizo muy malos versos en honor de Cromwell; Walter los habia hecho muy buenos.

La baja de la lisonja, que sobrevive al objeto de la adulacion, no es mas que mera excusa de una conciencia enferma; se exalta un poder que ya no existe para justificar el pasado servilismo. Cromwell fue traidor á la libertad que lo habia engrandecido: si el resultado de su traicion hubiese podido pasar por inocencia; si prostituyendo hasta á la posteridad ese resultado le hubiera impuesto cadenas; si esa posteridad, futura, esclava, hija de una esclavitud pasada, pudiera por medio del soborno llegar á ser cómplice del primer tirano afortunado ¿dónde iria á parar el derecho? ¿Dónde estaria el precio de los sacrificios? Siendo el bien y el mal no mas que relativos, desaparecería toda moralidad de las acciones humanas.

Por otra parte ¿quién querría defender la santa independencia y la causa del débil contra el fuerte, si el valor, espuesto á la venganza de las vilezas del presente, estuviera ademas espuesto á la reprobacion del porvenir? El infortunio sin voz llegaria á perder hasta el órgano de la queja y los dos grandes abogados del oprimido, la probidad y el talento, tendrian que enmudecer.

Hobbes realista, por aversion á las doctrinas populares, se arrojó á un extremo opuesto: todo lo derivó de la fuerza y de la necesidad. Reduciendo la justicia á una funcion del poder, no atribuyendo su origen al

sentido moral, no echó de ver que la democracia tenia tanto derecho como la *unidad* á partir de ese mismo principio.

La sociedad, que marchando por su pendiente natural se iba encaminando hácia el establecimiento del gobierno popular, no retrogradó con el sistema de Hobbes, no obstante los excesos de la revolucion inglesa, ni se detuvo en su marcha sino por la influencia de Luis XIV, que le atajó el paso con su gloria. Hobbes proclamaba el escepticismo como los filósofos franceses del siglo xviii, pero lo enseñaba con tono imperioso y con toda la arrogancia dogmática. Quería que el mundo creyera lo que él no creía, y predicaba la duda con fueros de inquisidor. Su estilo tiene energía y su Tucídides no ha merecido caer en tanto descrédito. Aquel titulado espíritu fuerte era el mas pusilánime de todos los hombres, y solo el pensamiento de la muerte le hacia estremecer; la naturaleza lo condujo hasta la edad de noventa y dos años para entregarlo á la muerte como desvanecido, como el enfermo que en medio de un desmayo queda sometido al bisturí del operador.

Todavía conserva algo de celebridad sir John Denham en su poema descriptivo de Cooper's Gill. También este autor fue realista y agente en Lóndres de la correspondencia de Carlos I con la reina, cuando Cowley lo era en París: las musas prestaban sus servicios á la ternura conyugal y á la desgracia.

La *Oceana* de Harington es una repeticion de la *Utopia* de Tomás Moro. ¿Dónde se encontrará un gobierno perfecto? En *Utopia*, en ninguna parte como el nombre lo indica.

Harvey publicó su descubrimiento de la gran circulacion de la sangre. Ningun médico de Europa que hubiese llegado á cuarenta años de edad, quiso admitir la doctrina de Harvey, y éste perdió muchas visitas en Lóndres, solo por haber descubierto una tan importante verdad. Harvey fue alentado por Carlos I y le permaneció fiel. Serveto, quemado en *efigie* por los católicos, y en *persona* por Calvino, habia indicado la circulacion de la sangre en el *pulmon*: culpa fue del siglo que un sabio como Serveto se convirtiera en un hereje vulgar; á quien otro hereje arrojará á la hoguera.

Por lo demás hablando de los folletos ingleses puramente políticos, es preciso conocer que aun no estando infectados de la jerga teológica de aquella época, lo cual es raro, se quedan á inmensa distancia de las investigaciones modernas francesas. Esceptuando Milton, ningun publicista de la revolucion de 1649 puede compararse con Sieyes ni con Mirabeau, ni con Benjamin Constant, ni mucho menos con M. Carrel. Este último, como escritor enérgico, sólido, hábil y lógico refleja en su estilo algo de la elocuencia positiva de los hechos: su modo de decir es hueco al par que grave; es por decirlo la historia revelada por los monumentos.

MILTON.

SU NACIMIENTO.—COLEGIO.

Entre una multitud de prosistas y poetas, durante los borrascosos reinados de Carlos I y el Protector; descuella la hermosa cabeza de Milton. ¿Dónde están los contemporáneos de ese ingenio, los Cowley, Walter, Denham, Marvel, Suckling, Crashaw, Lovelace, Davenant, Wither, Habington, Herbert, Carew y Stanley? Esceptuando dos ó tres nombres de esos ¿qué lector francés conoce los demás? El *Genio del Cristianismo* habla razonablemente del *Paraiso Perdido*. Tenia que hacer pública penitencia por lo concerniente á varias de mis apreciaciones de Shakespeare y del Dante, pero ninguna reparacion tengo que hacer por lo relativo al hombre cuyo poema ha dado moti-

vo á mis investigaciones sobre la literatura inglesa: no me falta ya mas que desarrollar los motivos de una admiracion aumentada por el exámen mas detenido de aquella obra maestra. Viéndome obligado á tener que fijar mas detenidamente la atencion en las bellezas que intentaba hacer pasar al idioma francés, he tenido ocasion de apreciarlas mejor perdiendo al

mismo tiempo la esperanza de reproducirlas como yo las concebía.

Milton no existía: de nadie era conocido: su número, saliendo de la tumba como una sombra, vino á preguntar al mundo por qué razon se le tenia en tal olvido. Lleno de asombro el mundo, fijó los ojos en aquella gran sombra, y preguntó si en realidad el au-



CARLOS I.

tor de doce mil versos olvidados era inmortal. La vision brillante y magestuosa le hizo por de pronto bajar los ojos, y luego el mundo se prosternó ante ella y adoró. Entonces fue preciso saber lo que habia sido ese secretario de Cromwell, ese apologista del regicidio detestado de unos y despreciado de otros. Barle principió á investigar hechos por lo tocante á la *estatura y fisonomia de Milton*: esa fisonomia era altiva y valia no menos que la de un monarca.

Una maldicion pesaba sobre la noble familia de Milton, despojada de su fortuna durante las guerras civiles de la Rosa encarnada y la Rosa blanca; el padre de Milton era protestante y su abuelo católico; éste desheredó á su hijo, y la maldicion del abuelo, saltando una generacion, vino á gravitar sobre la cabeza del nieta.

El padre de Milton, establecido en Lóndres, donde desempeñó una escribanía, se casó con Sarah Caston

de la antigua familia de Bradaw ó de Haughton y tuvo una hija, Ana, y dos hijos, Juan y Cristóbal. Este último, que también lo fue en el orden de sucesión, siguió el partido realista; fue uno de los *barones del chiquier* y juez de Common Pleas en tiempo de Jacobo II, y por último se confundió en la oscuridad, siendo despojado, despojándose de su empleo antes ó despues de la revolución de 1688. Juan, el mayor fue republicano y murió también en la oscuridad como su hermano, pero las sombras que le rodearon eran de muy distinta especie; á él se podía aplicar lo que se ha dicho de la montaña santa en el cielo: «no se la veía porque estaba oscurecida por el exceso de la luz.»

El padre de Milton era aficionado á las artes: había puesto en música un *In Nomine* para cuarenta partes ejecutantes y en la colección de Wilby se han conservado algunas de sus antiguas composiciones. Apolo, al repartir sus dones entre el padre y el hijo, dió la música al primero y la poesía al segundo.

Dividuum deum, genitorque, puerque tenemus.
(Milton ad patrem).

Milton el padre, tal vez nació en Francia; pero su inmortal hijo nació (6 de diciembre de 1608) en Londres, Bread-Street, en la posada del *Aguila*, augurio y símbolo. Aun vivía Shakespeare. Milton recibió una educación doméstica ilustrada á la sombra del sepulcro de aquel númen inculto. Terminó el estudio de las humanidades en la escuela de San Pablo de Londres, bajo la dirección del doctor Alejandro Gill, y tuvo por tutor á Young, puritano. Su escasa aplicación al estudio, le produjo desde niño dolores de cabeza y gran debilidad de la vista; achaques habituales de su vida, heredados de su madre. A los diez y siete años entró en el colegio de Cristo, en Cambridge, en concepto de pensionista menor, bajo la dirección del sabio William Chapel, que posteriormente fue obispo de Cork y de Ross, en Irlanda. La hermosura de Milton fue causa de que se le llamara dama del colegio de Cristo *lady of Crist's college*: en uno de sus discursos á la universidad, recuerda con complacencia ese apodo. Dió señales de sus disposiciones poéticas escribiendo composiciones latinas y paráfrasis de los salmos en verso inglés. El himno de Navidad es admirable en cuanto al ritmo y produce un efecto inesperado. Transcribo de ese himno los pasajes siguientes:

«Era invierno: el niño, hijo del cielo, había venido envuelto en groseros y pobres pañales: la naturaleza se había despojado de sus risueños adornos para simpatizar con su señor: no era aquel momento oportuno para entregarse la tierra á placeres con su amante el sol; por lo tanto había ocultado su debilidad bajo la inocente nieve, cubriéndose con el santo y cándido velo de las vírgenes.»

«El mundo estaba en paz; los reyes permanecían en silencio como esperando la venida de su soberano. Los vientos acariciaban las olas, anunciando en voz baja nuevas alegrías al tranquilo Océano. Las estrellas mirando inmóviles y llenas de sorpresa, no querían sepultarse en su ocaso, y á pesar de toda la luz del sol se obstinaban á permanecer en el horizonte hasta que su señor les hablase y les mandara retirarse.»

Habiendo recibido el grado de bachiller en 1628, Milton ascendió al profesorado en 1632, se marchó de Cambridge por espíritu de independencia, y rehusó entrar en la carrera del sacerdocio. «El que recibe las sagradas órdenes, decía Milton, firma su esclavitud y presta un juramento: temible es que en lo sucesivo tenga que ser perjuro ó quebrante su conciencia.»

De algunos pasajes de su primera elegía latina, pa-

parece inferirse que prefería los placeres de Londres al tedio de Cambridge: de aquí nacieron las calumnias que en lo sucesivo se propagaron contra él, acusándole de haber sido vomitado de la universidad por efecto de los desórdenes de su juventud impura: hubo folletos que aseguraron que había tenido que ir á Italia á ocultar su vida. Johnson cree que Milton fue el último estudiante de la universidad castigado con una pena corporal. Nada de eso es cierto, ni está conforme con los datos de una vida tan arreglada como religiosa.

MILTON EN CASA DE SU PADRE.—OBRAS DE SU JUVENTUD.

Habiendo hecho el padre de Milton una pequeña fortuna, se retiró á la campiña de Horton, cerca de Colebrooke, en Buckingham-Shire. Milton pasó cinco años en su compañía, sepultado en la lectura de los poetas griegos y latinos. De cuando en cuando hacia algunos viajes á Londres á comprar libros y tomar lecciones de matemáticas, de música y de esgrima.

A un amigo que le echaba en cara la soledad en que vivía escribió diciendo: «Creéis que una demasado grande afición de aprender es una falta; que me he abandonado á gastar inútilmente mis años en los brazos de una soledad ilustrada, así como Endimion malgastaba sus días con la luna en la cumbre del Latmo..... Mas esas bellas esperanzas de que me habláis, que halagan la vanidad y la juventud, no concuerdan con aquel oscuro casco de Pluton de que habla Homero. Yo me despojaría de ese casco, si ven mi vida oculta no me propusiera otro objeto que el satisfacer una frívola curiosidad. Mas el ejemplo temible referido en el Evangelio del servidor que había ocultado su talento, me viene sin cesar á la imaginación: no es por lo tanto el placer de un estudio evangélico lo que no me deja ir tan aprisa como los otros, reteniendo por un religioso respeto. Sin embargo, á fin de que veáis que alguna vez desconfío de mí mismo, y que me hago cargo de cierto retraso que puede haber por mi parte, os envío algunos de mis nocturnos sueños en forma de estancias á la manera del Petrarca.»

How soon hath Time, the subtle thief of youth, etc.

«Cuán rápidamente el tiempo, diestro ladrón de la juventud, ha arrebatado en sus alas mis veinte y tres años. Mis días apresurados huyen á todo escape, pero mi última primavera no ostenta ya capullos ni flores...»

Desde 1624 hasta 1638, compuso los *Arcades*, *Como ó la Máscara*, *Licidas*, en la cual parece profetizar la muerte trágica del obispo Laud, el *Allegro* y el *Penseroso*, *Elegías latinas* y *Silvas*.

Johnson ha hecho un detenido análisis del *Allegro* del *Penseroso*.

«El hombre alegre oye el canto de la calandria por la mañana; el pensativo el del ruiseñor durante la noche.»

«El alegre contempla cómo se pavonea el gallo; presta atento oído al eco que repite el son de la trompa de caza y á los ladridos de la trahilla en el bosque: ve salir el sol con toda su pompa; oye las canciones de la lechera; mira los trabajos del labrador ocupado en la siega; echa una mirada hacia la lejana torre donde reside alguna hermosa dama, y por la noche se deleita oyendo alguna ingeniosa fábula.»

«El pensativo, unas veces se pasea á media noche para soñar, otras atiende al triste sonido de la campana de las oraciones. Si el mal tiempo le obliga á volver á su casa, se sienta en una habitación iluminada por el resplandor del hogar. Teniendo á su lado una lámpara solitaria, está acechando la salida de la bestrella polar para descubrir la mansión de las almas

«separadas de sus cuerpos, ó bien lee escenas patéticas de la tragedia ó de la epopeya. Al salir la aurora, aunque esté oscurecida por la lluvia y el viento, anda errante por los sombríos bosques donde no hay sendas: lleno de cansancio se sienta por último al borde de algun arroyo que murmura y en un entusiasmo melancólico sueña en el porvenir, ó cree oír armonías por personajes aéreos.»

«Tanto la alegría como la tristeza, aman la soledad y habitan silenciosamente corazones que ni reciben ni transmiten afectos.»

«El hombre alegre asiste en la ciudad á las diversiones brillantes; á las discretas comedias de Ben-Johnson, á los salvajes dramas de Shakespeare (*Wid dramas of Shakespeare*).»

«El pensativo, lejos de la multitud se pasea por los claustros ó frecuenta las catedrales.»

Milton no tuvo colorido dispuesto para retratar la alegría considerada en el período de la vejez; pero pintó con dignidad la melancolía hasta en su último instante de la vida.

No sabré decir si los dos caracteres están suficientemente marcados; cierto es que no es posible encontrar alegría en la melancolía del poeta; y es de temer que por el contrario se encuentre algo de esta en aquella. El *Penseroso* y el *Allegro* son dos nobles esfuerzos de la imaginación.

Milton tomó muchas imágenes en sus hermosos poemas de la *Anatomía de la melancolía* por Burton, impresa en 1624.

MILTON EN ITALIA.

En 1638 Milton obtuvo de su padre licencia para viajar. El vizconde Scudamore, embajador de Carlos I, recibió en París al apologista futuro del asesino de este rey y lo presentó á Grocio. Milton visitó en Florencia á Galileo que estaba ya casi ciego y medio preso por la Inquisición. En su *Paraiso perdido* hizo posteriormente repetidas veces mención del celestial mensajero, *Nuncius sidereus*, concediéndole también la hospitalidad de los grandes hombres. En Roma adquirió relaciones con Holstein, bibliotecario del Vaticano. En casa del cardenal Barberini oyó cantar á una Leonor, y la dirigió versos inspirados por los sitios que habían oído la voz de Horacio.

«Altera Torquatum cepit Leonora poetam,
»Cujus ab insano cessit amore furens,
»Ah! miser ille tuo quanto felicius ævo
»Perditus, et própriet te Leonora, fore!»

«(Otra Leonor arrebató al Tasso que llegó á enloquecer por la vehemencia del amor. ¡Ah! ¡Cuánto mas le habria valido que en su tiempo, Leonor, el desgraciado se hubiese perdido por tí.)»

Milton se complació también en reducir su número al límite de algunos sonetos italianos: es grato ver el terrible cantor de Satanás distrayéndose entre las dulces cadencias del Petrarca.

«Canto dal mio buon popol non inteso;
»E'l bel Tamigi cangio col bel Arno.
»Amor lo volse.
»Seppi ch' amor cosa mai volse indarno.»

«(Canto sin ser entendido de mi buen pueblo. He cambiado el hermoso Támesis, por el hermoso Arno. Amor lo ha querido así; el amor que nunca ha querido nada en vano.)»

Milton conoció en Nápoles á Manso, marqués de Villa, anciano que gozó el doble honor de ser amigo del Tasso, y huésped de Milton: el marqués le dirigió el siguiente dístico tomado de otro de San Gregorio Papa.

«Ut mens, forma, decor facies, mos, si pietas sic,
»Non Anglus, verum Hercle, antelus ipse fores.»

«Si la piedad correspondiese al talento, á la presencia, á la gracia, á la hermosa y á los modales, ¡vive Hércules! tú no serías un inglés, sino un ángel.»

Milton le devolvió el obsequio con una deliciosa égloga latina.

«Diis dilectis senex; te Jupiter æquus oportet
»Nascentem etc.»

«Anciano amado de los dioses, preciso es que Jupiter haya protegido tu cuna, y Febo la haya alumbrado con su dulce luz, pues solo el mortal á quien los dioses aman desde su nacimiento, es el que puede tener la dicha de haber socorrido á un gran poeta.»

El futuro cantor de las inocentes fruiciones del paraiso, rogaba al cielo le concediera un amigo semejante: en aquella época se prometía celebrar á los reyes de la Gran Bretaña, aquel Artur que dió tantas batallas. «*Tot bella moventem!*» Milton no consiguió el favor que solicitaba, ni tuvo mas defensor ni mas amigo de su nombre que la posteridad. Entouces invitó al marqués de Villa á que no despreciara demasado su musa hiperbórea, pues «en la sombra oscura de la noche creemos (decía graciosamente el poeta), haber oído cantar los cisnes en el Támesis.»

«Nos etiam in nostro modulantes flumine cygnos
»Credimus obscuras noctis sensisse per umbras.»

Milton se había propuesto reconocer la Sicilia y la Grecia. ¡Qué precursor de Byron! pero las turbulencias políticas de su patria le volvieron á llamar á ella, no sin haber visto antes á Venecia, aquella beldad de Italia, tan hermosa todavía aun cuando está moribunda al borde de sus olas.

REGRESO DE MILTON Á INGLATERRA.—SUS OCUPACIONES Y PRIMERAS OBRAS DE CONTROVERSIA.

Al volver á Londres el ilustre viajero, ninguna parte activa tomó en los primeros movimientos de la revolución. Oigamos á Johnson.

«No nos impida el respeto que profesamos á Milton contemplar con sonrisa la diferencia entre grandes promesas y pequeños efectos: vuelve presurosamente á su país porque sus compatriotas están luchando por la libertad, llega al teatro de la acción y evapora su patriotismo en una escuela particular. Este período de la vida del poeta, es el que ha hecho retroceder á todos sus biógrafos, disgustándoles el tener que rebajar á Milton al rango de maestro de escuela. No siendo posible negar que fuese preceptor de niños, un biógrafo supone que los instruía gratuitamente, y otro afirma que fue solo por deseo de propagar la ciencia y la virtud. Todos dicen lo que saben muy bien que no es cierto, solo por escusarse de colocar á Milton en una condición de la cual ningún hombre sensato puede tener nada que decir.»

El espíritu satírico, y el mal querer de Johnson están muy de relieve en ese párrafo. El doctor que no había visto revoluciones, ignoraba que en esas grandes turbulencias no hay rincón que no pueda convertirse en campo de batalla, y que cada individuo elige las armas que mas se adaptan á sus inclinaciones ó esperanzas; la espada de Milton no habria hecho á la libertad los servicios que le hizo su pluma. El doctor, bien conocido por sus ideas realistas, olvida también que no todos los afiliados de ese partido tomaron las armas, ni subieron al cadalso, como el duque de Hamilton, lord Holland, y lord Capel; se olvida que lord Arundel, amigo de las Musas como Milton, y á quien las artes deben las estatuas de Oxford, se marchó de

Londres á principios de la guerra civil, y que sin tener en cuenta que era gran mariscal de Inglaterra, fué á morir tranquilamente en Pádua: cierto es que su desgraciado sobrino, Guillermo Howard, lord Stratford, pagó por su tío el tributo á la desgracia, y demasiado sabido es por quién fue derramada su sangre.

Por espacio de tres años, Milton se dedicó á la educacion de dos hijos de su hermana, y de algunos otros muchachos de su edad. Vivió sucesivamente en el cementerio de Saint-Bride, en Fleet-Street, y en una gran casa con jardin en Aldersgate. Al enseñar las lenguas antiguas acabó de perfeccionarse en ellas y aprendió el hebreo, el caldeo y el siríaco. En 1640, cuando se verificó la convocacion del Parlamento Largo, tomó Milton por primera vez parte en la polémica, y defendió la causa de la libertad religiosa contra la Iglesia establecida. Su obra dividida en dos libros y dedicada á un amigo, se titula: *De la Reforma por lo tocante á la disciplina de la Iglesia en Inglaterra, y de las causas que hasta el presente se han opuesto á ella*. En seguida publicó los tres tratados: *Episcopado inglés, Razon del gobierno de la Iglesia y Apología de Smectymnor* este nombre estaba compuesto de la reunion de seis letras tomadas del nombre de los seis teólogos autores del *Tratado de Smectymno*. Para los lectores actuales nada puede sacarse de aquellas obras, no siendo lo que Milton dijo en la *Razon del gobierno de la Iglesia*, acerca de su proyecto de componer un poema inglés. Sus palabras son las siguientes:

«Acaso con el tiempo, el trabajo y la inclinacion de mi naturaleza, transmitiré alguna cosa escrita á la posteridad, que esta no dejará espontáneamente perecer; estoy poseído de esa idea. Poco me importa ser celebrado á lo lejos: me contentaré con serlo en las Islas Británicas que son mi universo. Mas no basta invocar á las hijas de la Memoria, es preciso invocar por medio de ardientes oraciones al espíritu eterno: sólo él puede enviar al serafín que con el fuego sagrado de su altar, toca y purifica nuestros labios.»

Milton no guarda mas consideraciones que Shakespeare con su celebridad: llega á hacerse interesante por la indiferencia de su vida, y por otra parte es grato ver cómo un genio no conocido todavía, se profetizaba á sí mismo, y oír á la posteridad contestar confirmando sus predicciones: «No, no he dejado morir esa alguna cosa escrita que me transmitiste.»

Desgraciadamente Milton, cediendo al ardor de su carácter en esa disputa religiosa, habló con desden del sabio y venerable obispo anglicano Usher, á quien la ciencia debe admirables trabajos sobre la historia de la cronología.

CASAMIENTO DE MILTON.

Diez y nueve años tenia Milton cuando compuso su séptima elegía latina, en la que dice:

«Paseándome un día de mayo por las inmediaciones de Londres, encontré una jóven de extraordinaria belleza. Me enamoré apasionadamente de ella; mas no tardé en perderla de vista: jamás he podido saber quién era, ni la he vuelto á encontrar. Juré no volver á amar.»

Si el poeta no quebrantó este juramento, preciso es suponer que no amó á ninguna de las mujeres que tuvo en sus tres distintos matrimonios. En tal caso, ¿qué fue de la virgen tan súbitamente desaparecida? Fue tal vez esta aquella compañera celestial que visitaba al Homero inglés durante la noche, y le inspiraba sus mas tiernos versos? Mr. Pichot en un hermoso retrato de Milton, cuenta que esa sílfide misteriosa era Leonor, la italiana: sobre este asunto el autor de la *Peregrinacion á Cambridge*, teje una interesante

novela histórica. W. Bowles y Mr. Bulwer han desarrollado la misma ficcion.

Habiéndose apoderado el conde de Essex de Reading, en 1643, volvieron el padre y el hermano de Milton que se hallaban retirados en esta ciudad á Londres, y vivieron en casa del poeta. Milton tenia entonces treinta y cinco años: cierto dia salió de casa solo, y al cabo de un mes de ausencia, volvió á presentarse trayendo una compañera. Habíase casado con la hija mayor de Ricardo Powel, juez de paz de Torest-Hill, cerca de Shotover, en Oxford-Shire. Ricardo Powel debía quinientas libras esterlinas al padre de Milton, y creyó no poder desquitarse mejor de esa deuda, que dando su hija al hijo de su acreedor. Este casamiento fue tan furtivo y tan inconstante como una aventura amorosa. Pero no fue el poeta el que dejó á su mujer, como hizo Shakespeare, sino la mujer la que abandonó al marido. La familia de María Powel era realista, y sea que la recien casada no quisiera vivir con un republicano, sea por cualquier otro motivo, no tardó mucho tiempo en volverse á casa de sus padres. Al marcharse habia prometido á su esposo volver por San Miguel; mas no lo cumplió. Milton le escribía cartas sobre cartas que no lograban contestacion; al fin le envió un mensajero, que tambien perdió inútilmente su elocuencia y su tiempo. Entonces el despechado marido se resolvió á repudiar á su fugitiva esposa, y á fin de que todos gozaran de la independencia que se proponia conquistar, trató de convertir en cuestion de libertad lo que no lo era mas que de susceptibilidad personal, y con este objeto publicó su tratado sobre el divorcio.

TRATADO DE MILTON SOBRE EL DIVORCIO.

Este tratado se divide en dos libros y se intitula: «Doctrina y disciplina del divorcio, restablecida para el bien de ambos sexos (*The Doctrine and discipline of divorce restored to the good of both sexes* etc.)» Principia por una delictoria al Parlamento Largo, en la cual dice:

«Si con formalidad se preguntara, ¡oh ilustre Parlamento, selecta asamblea! quién de todos los doctores y maestros ha conseguido nunca reunir mayor número de discípulos en materias de religion y de costumbres, podría con toda apariencia de verdad contestarse: la práctica. La teoría y la conciencia recomiendan por guía la virtud; sin embargo, sea por un secreto de la voluntad divina, sea por la obcecacion original de nuestra naturaleza, la práctica está generosamente admitida como el mas útil director.»

Establece en seguida el autor diversos principios, que no todos quedan demostrados con igual fortuna.

«El hombre es quien se acarrea sus propias miserias, cuyo mayor número atribuye sin embargo á la mano de Dios. No es Dios quien ha prohibido el divorcio; es el sacerdote. La ley de Moisés lo permite, la ley de Moisés no ha sido abolida por la de Cristo. La ley canónica es ignorante é inícuo al establecer los derechos del cuerpo, y guarda silencio por lo tocante á la reparacion de las injurias y padecimientos que nacen del espíritu. El matrimonio no es un remedio contra las exigencias de la naturaleza; es el complemento del amor conyugal y de una mútua proteccion; el matrimonio y la paz de la familia, constituyen el matrimonio á los ojos de Dios. Por consiguiente, si la paz y el amor no existen, no puede decirse que existe matrimonio. Nada turba ni desconsuela mas á un cristiano que el matrimonio que presenta incompatibilidad de carácter; no es el adulterio corporal la mayor ofensa que se puede hacer al matrimonio; hay un adulterio espiritual, una infidelidad de inteligencias antipáticas mas

«cruel que el adulterio corporal. Prohibir el divorcio por causa natural, es contra naturaleza. Dos personas mal avenidas en el matrimonio pasan la noche en discordias y enemistades, y amanecen entre agonias y dolor; su existencia se va arrastrando de mal en mal, hasta que cuando menos lo piensan se halla agotada por el infortunio, ó queda súbitamente sofocada por algun nuevo infortunio. Moisés admite el divorcio por dureza de corazon; Cristo no ha abolido el divorcio, lo ha explicado, y San Pablo ha comentado las palabras de Cristo. Cristo no solia explicarse por medio de largos discursos; algunas veces no hablaba sino en monosílabos: sembraba aquí y allí, como perlas, los celestiales gérmenes de su doctrina, lo cual exige atencion y trabajo por parte del que vá á recogerlos. Puede decirse al que despide á su mujer por causa de adulterio:—Perdónala.—¿Podéis mostraros misericordiosos? ¿podéis ganar un alma? ¿no podríais pues, divorciaros de aquella que nos hace desgraciados? Dios no se complace en abrumar de males el corazon del hombre; no se complace en nuestros combates contra obstáculos invencibles. Dios hijo, ha puesto todas las cosas bajo sus pies; pero ha mandado á los hombres ponerlo todo bajo los pies de la caridad.»

No resuelve Milton en ese tratado ninguna cuestion particular, ni entra en las dificultades que se ofrecen por lo tocante á los hijos y la reparticion de bienes: su vasto espíritu era contrario al espíritu inglés que se limita al círculo de la sociedad práctica. Milton generaliza las ideas, las aplica á la sociedad en su conjunto, á toda la naturaleza humana: en su concepto la libertad es lo que constituye todas las cosas, y predica la independencia del hombre bajo cualquiera aspecto que se presente. Y sin embargo, ese ardiente campeón del divorcio cantó divinamente la santidad y las delicias del amor conyugal, diciendo: «Salve, amor conyugal, ley misteriosa, verdadero origen de la humana posteridad.» (*Paraiso perdido*, lib. IV).

Con arreglo á sus principios de divorcio, Milton quiso casarse con una brillante jóven, hija del doctor Dawis; pero ella hizo muy poco caso del distinguido ingenio que solicitaba su alianza. Entonces fue cuando la primera mujer del poeta se acordó del marido; la familia de Powel, cuyo realismo se habia ido enfriando á proporcion que la causa de la monarquía iba perdiendo terreno, empezó á desear una reconciliacion. Habiendo Milton ido á casa de uno de sus vecinos llamado Blackborough, se abrió súbitamente la puerta de una habitacion inmediata, y María Powel se arrojó llorando y pidiendo perdon á los pies de su esposo; Milton perdonó á la pecadora, y esa aventura dió sin duda margen á la admirable escena entre Adán y Eva en el libro X del *Paraiso perdido*.

«¡Soon his heart relented.
Tow rds her, his life so late and sole delight
Now at his feet submissive in distress!»

«(No tardó su corazon en enternecerse por aquella, que habiendo en otro tiempo sido su vida y sus únicas delicias, se veía ahora abrumada de dolor á sus pies.)»

A la posteridad le fue provechosa aquella disension doméstica.

Finalmente, aquel matrimonio novelesco inaugurado en el misterio y reanudado entre lágrimas, dió por resultado el nacimiento de tres hijas; dos de estas Antígonas abrieron las puertas de la antigüedad á su padre, privado de la vista.

Después del triunfo de los parlamentarios, Milton ofreció un asilo á la familia de su mujer. Told encontró documentos en los archivos públicos, por los cuales se ve que Milton tomó posesion de la fortuna de su suegro, cuando este murió, á título de hipoteca de una suma prestada por el padre del poeta. La viuda

Powel no se atrevió á hacer valer sus derechos temiendo que Milton, hombre duro y colérico, segun ella decia, no causara la perdicion de su hija si salia airoso de su demanda.

Habiendo los presbiterianos atacado el escrito de Milton sobre el divorcio, el irascible poeta se apartó de su secta, y se hizo enemigo suyo.

DISCURSO SOBRE LA LIBERTAD DE IMPRENTA.

No tardó Milton en publicar la *Areopagítica*, que es la mejor obra en prosa que se ha escrito en inglés. Como no era conocida aun esta manera de espresarse: *libertad de imprenta*, el autor dió á su obra el título: *A speech for the liberty of unli cens'd printing, to the parliament of England*.

Discurso por la libertad de imprimir sin licencia, al parlamento de Inglaterra.

Después de haber hecho ver que la censura es inútil, puesto que no alcanza á impedir la circulacion de los libros malos, el autor añade: «Matar á un hombre, es matar á una criatura racional; matar un libro, es matar la razon, es matar la inmortalidad mas bien que la vida. Muchas veces las revoluciones de las edades no encuentran una verdad desechada, y por falta de la cual, pueblos enteros están eternamente sufriendo.»

«El pueblo os ruega que no retrogradeis, sino antes por el contrario, que os pongais en el camino de la verdad y la virtud. Paréceme ver una noble y poderosa nacion surgir, como un hombre fuerte después del sueño; paréceme ver un águila, que al entrar en el período de su vigorosa juventud, dirige sus miradas nunca deslumbradas al pleno rayo del sol del Mediodía, quitándose en la misma fuente de la luz celestial, las escamas de los ojos que por largo tiempo no han conocido toda su fuerza. ¿Destruiréis esa florida cosecha de conocimientos y de nuevas luces que tanto incremento han tomado y toman diariamente en esta ciudad? ¿Estableceréis una oligarquía de veinte monopolizadores que anden escarimando el pábulo á nuestras inteligencias? ¿No podremos tener mas alimento que el que se nos dé tasado y medido? Creedme, lores y representantes del pueblo: yo me he sentado entre los sabios de otros países, y me han felicitado de haber nacido en la tierra de la libertad filosófica en tanto que ellos se veian reducidos á deplorar la servil condicion á que la ciencia estaba reducida en su patria. He visitado al famoso Galileo, ya anciano y víctima de la Inquisicion por haber pensado en astronomía de otro modo que un censor franciscano ó dominico. La libertad es el elemento de todos los espíritus elevados; es la luz de nuestra alma, como la del sol lo es del mundo físico.»

En la energía de ese lenguaje se revela el autor del *Paraiso perdido*. Milton ha sido tan grande escritor en prosa como en verso: las revoluciones lo han aproximado á nosotros, y sus ideas políticas lo convierten en hombre de nuestra época. En sus versos se queja de haber venido un siglo demasiado tarde; en su prosa habria podido lamentarse de haber venido un siglo demasiado pronto. El momento de su resurreccion ha llegado ya; me consideraria como muy dichoso en haberle dado la mano para salir de su tumba como prosista; pues hace ya tiempo que la gloria le dijo como poeta: «Levántate!» Surgió para no volver mas al ocaso.

La libertad de imprenta debe considerarse como muy honrada en tener por patron al autor del *Paraiso perdido*: él es el primero que la reclamó enérgica y formalmente. ¿Con qué patético artificio recuerda el poeta haber visto á Galileo abrumado por el peso de la edad y las enfermedades, próximo á espirar entre las cadenas de la censura por haberse atrevido á

afirmar el movimiento de la tierra! Era un ejemplo tomado á la altura de Milton.

¿A dónde iríamos hoy á parar si habláramos de ese modo?

MUERTE DEL PADRE DE MILTON.—SUCESOS HISTÓRICOS.—SU OBRA ACERCA DEL ESTADO DE LOS REYES Y LOS MAGISTRADOS.

En 1643, Milton recogió las composiciones latinas é inglesas de su juventud. Las canciones fueron puestas en música por Enrique Lawes, agregado á la capilla de Carlos I; la voz del apologista iba muy pronto á dejarse oír junto al féretro del monarca en la capilla de Windson.

El padre de Milton murió: los parientes de su esposa se marcharon, y la casa del poeta volvió otra vez á verse convertida en templo de las musas. En esta época Milton estuvo á punto de ser colocado de ayudante en la division de sir William Waler, general del partido presbiteriano, cuyas Memorias se conservan aun.

Cuando Fairfax y Cromwell se apoderaron de Londres, en abril de 1647, Milton para dedicarse mas tranquilamente á sus estudios, dejó su grande establecimiento de Berbicane, y se retiró á una pequeña casa de High Holborne, cerca de la cual ha vivido largo tiempo. Creo que este es lugar á propósito para repetir una observacion que se ha hecho al principiar este *Ensayo*: «Un cuadro de la literatura completamente aislado de la historia de las naciones, he dicho, produciria una monstruosa quimera; al oír cantar sucesiva é imperturbablemente á los poetas sus amores y sus rebaños, podria uno figurarse que la edad de oro ha existido sin interrupcion sobre la tierra. Siempre hay en cada nacion en el momento de la catástrofe y entre los mas grandes acontecimientos, un sacerdote que reza, un poeta que canta, etc.»

Acabamos de ver á Milton casarse, estudiar idiomas, educar niños, y escribir opúsculos en prosa y en verso, como si la Inglaterra gozara de la paz mas profunda, y sin embargo, la guerra civil estaba encendida; mil partidos se desgarraban, y no se podia andar sino entre sangre y ruinas.

En 1644 se habian dado las batallas de Marston-moor y de Newbury; la cabeza del anciano arzobispo Laud, habia caído bajo el hacha del verdugo. Los años de 1645 y 1646, vieron el combate de Naseby, la toma de Bristol, la derrota de Montrose, y la retirada de Carlos I al ejército escocés que entregó á los ingleses su monarca por cuatrocientas mil libras esterlinas.

Los tres años siguientes fueron todavía mas trágicos, pues en su período fatal encierran la sublevacion del ejército, el rapto del rey por Joyce, la opresion del parlamento por los soldados, la segunda guerra civil, la evasion del rey, la segunda captura de este monarca, la purificacion á mano armada del parlamento, y la sentencia y ejecucion de Carlos I.

Refiriéndose á esas fechas podrán colocarse sucesivamente las obras de Milton de que acabo de hablar. Milton asistió tal vez como espectador á la decapitacion de su soberano, y regresó despues de aquel acto á su casa á proponer un tema de gramática latina á los niños; *Genders are three, masculine, feminine and neuter.* (Hay tres géneros, masculino, femenino y neutro.) La suerte de los imperios y de los grandes hombres, no importa mucho mas que eso en el movimiento que arrastra á las sociedades.

No faltaban tampoco en Francia durante los sucesos del 1793, poetas, que sin ser Milton, cantaban á *Tirsi*, uno de los personajes de la *Máscara*; en aquel tiempo el teatro estaba siempre lleno de pacíficos ciudadanos; asuntos pastoriles ocupaban la escena en

tanto que por las calles se estaban representando tragedias. Todo el mundo sabe que los terroristas tenian una extraordinaria benignidad de costumbres: aquellos tiernos pastorcillos profesaban sobre todo particular afecto á los niños.

Fouquier-Tinville, y su servidor Sanson, que oían á sangre, se distraían por la noche en el teatro; la pintura de la inocente vida del campo, les arrancaba lágrimas.

No bien fue ajusticiado Carlos I, cuando los presbiterianos empezaron á declamar contra el asesinato proclamando la inviolabilidad de la persona del rey; por mas activa que fuese la parte que aquellos giron-dinos de Inglaterra hubiesen tomado en la catástrofe, hay que tener presente que no votaron como los giron-dinos franceses la muerte del rey, cuya pérdida lamentaban.

Para contestar á sus clamores, escribió Milton su *Tenure of kings and magistrats*. (Estado de los reyes y los magistrados). En ese escrito no le costó mucho el demostrar que aquellos que mas se lamentaban de la suerte de Carlos I, eran los mismos que lo habian conducido al patíbulo. Eso es lo que sucede en todas las revoluciones; los partidos procuran no salir de ciertos limites en que han fijado el *derecho* y la *justicia*; pero los que vienen en pos de aquellos derriban y saltan por encima de ese límite, como en una carga de caballería el último escuadron atropella y pasa por encima del primero si ha llegado á detenerse.

Milton trató de probar que en todos tiempos y bajo todas las formas de gobierno, ha sido legal el procesar á un mal rey, y el destronarlo ó condenarlo á muerte. «Si un súbdito, dice Milton, puede por ciertos crímenes ser castigado por la ley, no solo en su persona, sino en su posteridad y en sus bienes que se devuelven al soberano, ¿qué puede haber mas justo que el que un soberano pierda por crímenes análogos sus títulos, y sus bienes sean devueltos al pueblo? ¿Dirá alguno que los pueblos han sido creados para el rey, y el rey no para el pueblo? ¿Tendrán que ser considerados esos pueblos, en su multitud numérica, como inferiores al individuo real? Semejante modo de pensar seria cometer una especie de traicion contra la dignidad de la especie humana. Sostener que los reyes no son responsables de su conducta sino ante Dios, es lo mismo que destruir toda sociedad política. En tal caso los juramentos que los reyes han dado al recibir la corona no han sido mas que una burla, y las leyes á cuya observancia se obligaron, son como si no existieran.» Al establecer Milton esas opiniones no avanza á mucho mas que Mariana, y ademas las apoyaba en textos de la Sagrada Escritura: hay que tener presente que la revolucion de Inglaterra se diferenciaba esencialmente de la francesa en el carácter religioso que ostentaba.

MILTON SECRETARIO LATINO DEL CONSEJO DE ESTADO DE LA REPÚBLICA.—EL ICONOCLASTA.

Por último, los escritos políticos de Milton, despertaron en su favor la atencion de los jefes del gobierno; llamáronlo á los asuntos públicos y lo nombraron secretario latino del consejo de Estado de la república; cuando ésta se convirtió en protectorado, Milton quedó naturalmente convertido en secretario del protector por lo tocante al latin. Apenas empezó á ejercer su nuevo empleo cuando se le mandó contestar al *Eikon Basilike*, publicado en Londres despues de la muerte de Carlos, asi como en Francia se divulgó el testamento de Luis XVI despues de la muerte de ese rey mártir. Se publicó una traduccion francesa de aquella obra con el título: *Pourtraite de Sa sacrée Majesté durant sa solitude et ses souffrances*.

Milton intituló ingeniosamente el *Iconoclasta* la contestacion que dió al *Pourtraite*. Sin dejar de inmo-

lar nuevamente al monarca, Milton en esa contestacion, pretende hallarse muy distante de querer abofetear una cabeza cortada; pero dice que viéndose obligado á hablar, prefiere la *reina Verdad* al rey Carlos, *Reginam veritatem regi Carolo antepone-dam arbitratu*.

La obra está escrita con método y claridad; el autor parece menos dominado por la imaginacion que en los demás escritos políticos. Citaremos algunos de sus párrafos. «Discurrir acerca de las desgracias de una persona derribada de tan alto puesto y que ha pagado ya lo que debía á sus faltas y á la naturaleza, no es un asunto muy recomendable en sí mismo, ni tampoco intento hacerlo. Al escribir contra un rey no me mueve la ambicion ni la vanidad de adquirir nombradía. Los reyes son fuertes en armas, pero débiles en razones, y otro tanto sucede á todos los que desde la cuna están acostumbrados á servirse de su voluntad como de mano derecha, y de su razon como de mano izquierda. Sin embargo, por afecto á las personas sencillas y morigeradas que creen que los reyes están animados de un espíritu distinto del de los demás mortales, levantaré en nombre de la libertad y la república el guante que han arrojado en el palenque, aunque sea el guante de un rey.»

Milton, tanto mas cruel para Carlos I, cuanto mas moderado quiso aparecer en aquel escrito, opuso al *Eikon* estas palabras relativas á la muerte de Strafford: «Carlos se arrepiente, segun nos dice, de haber dado su consentimiento á la ejecucion de Strafford: cierto es que Carlos manifestó á las dos cámaras que no podia condenar por delito de alta traicion á su favorito, y que ni el temor, ni las consideraciones de ninguna especie le hicieron variar aquel propósito dictado por su conciencia. Mas téngase entendido que semejante propósito ó no fue dictado por la conciencia, ó esta se enteró mejor despues de haberla dictado, ó en fin, que su conciencia y su firme propósito se estrellaron ante algun temor mas vivo, cuando de allí á pocos dias de haber dicho á su parlamento palabras tan enérgicas y gloriosas, firmó el *bill* para la ejecucion de Strafford.»

Milton da el nombre de libro de penitencia al *Eikon*. Carlos se habia esmerado mas en leer poesías que política; tal vez el *Eikon* no será mas que una composicion en verso; su lenguaje es esmerado, su argumento claro; no le falta mas que la rima. Carlos, por medio de palabras que casi llegan á tener la autoridad de un soneto, atribuye rudeza al Parlamento inglés y virtud á su esposa.

Milton se burla de las reflexiones del rey á Holmby, de su carta testamentaria al príncipe de Gales. Con este motivo recuerda las ejecuciones de diversas testas coronadas, y descendiendo inexorable hasta la ejecucion de María Estuardo, abuela de Carlos, recuerdo indigno de un corazon generoso, pues Carlos estaba ya durmiendo eternamente en Windsor, y no podia oír lo que su enemigo le decia.

«Hablais, esclama el poeta, de la corona de espinas de nuestro Salvador! los reyes pueden sin duda encontrar no pocas coronas de espinas cogidas y trenzadas por ellos; pero llevarlas, como Cristo la llevó, no es dado á los que las han sufrido por su falta de mérito.»

No obstante su intrepidez republicana, el publicista se muestra algo vacilante al llegar al último capítulo del *Eikon*, cuyo epígrafe es: *Meditaciones sobre la muerte*. ¿Qué hace Milton? Huir ante esas meditaciones. «Todas las cosas humanas, dice, pueden ser controvertidas; las opiniones serán diversas hasta el fin del mundo; pero este asunto de la muerte es un caso sencillo y no admite réplica; es el centro en que todas las opiniones vienen á encontrarse.»

De esta manera fue como Milton tomó parte en la gloria del negocio; el verdugo hizo saltar hasta él la

sangre de Carlos I, como el sacrificador en los tiempos antiguos rociaba á los espectadores con la sangre de la victima.

Milton sospechaba que el *Eikon* no era obra del rey: sus presentimientos se realizaron; la obra era del doctor Gauden. En el *Eikon* se encuentra una plegaria tomada literalmente de la de Pamela en la *Arcadia* de Felipe Sidney. Esto fue un grande asunto de burla para los republicanos, y de confusion para los realistas, que habian creído en la autenticidad del *Pourtraite* de su soberano. En lo sucesivo un tal Enrique Filles, impresor de Cromwell, supuso que Milton y Bradshaw consiguieron de Dugar, editor del *Eikon*, que insertara la plegaria de Pamela para destruir el efecto del *Eikon*. Nada en el carácter de Milton autoriza á creer que pudo cometer semejante bajeza. ¿Cómo pudo saber que se estaba imprimiendo aquella obra? (el *Pourtraite*), ¿cómo los parlamentarios no habrian detenido el manuscrito si les hubiese sido conocida su existencia? Muy en boga estaban entre aquellos hombres que se titulaban libres las violencias de la arbitrariedad, pero no las supercherias: sorprendieron y publicaron la correspondencia secreta del rey con la reina, mas no alteraron su testo. El interpolar, falsificar y suprimir son rateros recursos que la revolucion de Inglaterra se abstuvo de usar para legarlos á la francesa.

Johnson, sin embargo, ha creído que el texto del *Eikon Basilike* fue adulterado. «Las facciones, dice ese crítico, rara vez dejan á un hombre la honradez que tenia tal vez al afiliarse en ellos... Los regicidas se apoderaron de los papeles que Carlos I dió á Johnson estando ya en el patíbulo; de manera que por lo menos fueron editores, ya que no fabricantes como opina el doctor Riche, que ha examinado con mucha detencion este asunto, de aquella plegaria, es decir, de la plegaria tomada de la *Arcadia* de Sidney.»

Por mi parte diré que examinando minuciosamente el *Eikon Basilike*, he concebido otra especie de dudas acerca de esa obra, y no me puedo llegar á persuadir que haya salido por completo de la pluma del doctor Gauden. Probablemente este ministro no hizo mas que trabajar sobre las notas dejadas por Carlos I. Los sentimientos íntimos no engañan; es imposible que nadie pueda ponerse tan exactamente en el lugar de otro, ni identificarse hasta tal punto con las emociones que otro hombre sintió en épocas determinadas de su vida. Solo Carlos I, en mi concepto, pudo escribir esta serie de pensamientos.

«Por contentar una borrasca popular, he promovido una tormenta en mi seno.» (Carlos se echa en cara la muerte de Strafford).

«¡Oh Dios! concédame tu bendicion ser siempre racional como hombre, religioso como cristiano, constante y justo como rey.»

«Inciertos son los sucesos de todas las guerras; los de las civiles no dejan esperanza de consuelo, puesto que vencedor ó vencido no me queda mas recurso que padecer; concédeme (oh Dios) duplicada porcion de tu espíritu.»

«Necesito un corazon capaz de mucho sufrimiento.»

«Poco me han dejado de esa vida, solamente la esterilidad.»

«Hijo mio, si no habeis de volver á ver mi rostro, si Dios ha dispuesto que yo sea enterrado para siempre en esta lóbrega y bárbara prision, adios.»

«Os recomiendo vuestra madre: recordad que se ha manifestado contenta de padecer por mí, conmigo, y tambien con vos por medio de una incomparable magnanimidad.»

«Pido á Dios, que cuando hayan consumado mi muerte, no derrame la copa de su indignacion sobre la generalidad del pueblo.»